

A MANERA DE EPILOGO

Testimonio de Manuel Alvar López*

Antes de contestar al discurso de don Julio Caro Baroja, permitidme manifestar —muy brevemente— unos sentimientos personales. Hace casi cuarenta años que soy amigo de nuestro nuevo compañero; sólo esto puede justificar la distinción de ser yo quien, en este día solemne, merezca el honor de ser vuestro portavoz. Pienso en esos cuarenta años larguísimos en nuestra corta existencia y, sin embargo, incapaces de haber entibiado los afectos. No quiero pensar que todo haya sido virtud mía, porque Julio Caro Baroja es un hombre de excepción, no por motivos a los que luego aludiré, sino porque ha conseguido que ante él se quiebren las habituales normas de conducta. Le acabamos de escuchar sobre biografías y género antropológico, lo que me permite traer al hilo de estas líneas unas consideraciones que acaso nos hagan meditar. Sebastián Roch, conocido por Nicolás de Chamfort, fue un hombre contradictorio, lo que no tiene demasiado de particular: ingresó en la Academia y escribió un *Discurso contra las Academias*, que los revolucionarios aprovecharon para suprimirlas, y, sin embargo, gustaba de tertulias y salones, porque allí se inspiraba para recoger sus *Pensamientos, máximas y anécdotas*. Aquel hombre incierto escribió unas líneas que cuadran bien con algo de lo que nuestro compañero ha dicho, y que yo acepto para él: “Hay pocos vicios que impiden al hombre tener muchos amigos; sin embargo, las grandes cualidades pueden dificultarlo.” Este es uno de esos motivos de excepción que yo encuentro en el nuevo académico: tiene no pocos méritos y, sin embargo, cuenta con la devota fidelidad de sus amigos, porque no todo es turbio o salaz en el espíritu del hombre, pues también la admiración puede hermanarse con la amistad.

En el verano de 1948, Caro Baroja y yo coincidimos en un curso universitario: él contaba con mi silenciosa admiración porque en Salamanca —de donde yo procedía— le habían publicado los *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina* y en mis inicios de dialectólogo había usado *La vida rural en Vera de Bidasoa*. Aquel hombre fue mi amigo desde el primer día: tanta gente importante, tanto además político, tanta vocinglería

(*) Por el alto interés humano y científico que contiene este texto, incluimos aquí la contestación del Dr. Alvar, catedrático de Historia de la Lengua Española de la Universidad Complutense de Madrid, al Discurso de Ingreso de D. Julio Caro Baroja en la Real Academia Española, el 15 de junio de 1986.

vacua. Caro Baroja y yo teníamos las clases seguidas: nos esperábamos, hablábamos. Me asomé a la gran literatura: yo iba a ver a don Pío, y Julio me llevaba a casa de *Azorín*. Era un mundo deslumbrador, que no podía adivinar desde mis estudios en universidades de provincia. Después, muchos años de solícita amistad, en días felices y en días amargos. En Granada o en Vera o en Churriana. (Aquella monja que se nos encaró porque queríamos congraciarnos con su compañía: “Soy riojana.” “¿De la de Logroño o de la alavesa?” “Pero qué incultos son ustedes, qué tontería es esa de que en Alava haya Rioja.” Se reviró la visita y salimos humillados. Julio ha contado la anécdota. Quiero creer que con fidelidad, pero, entonces, ¡qué pedante era yo a los veinticinco años!) Y, sin embargo, aquella visita a Granada fue para mí un manadero de emociones: Julio vino acompañado de doña Carmen. Yo les enseñaba lo que buenamente sabía, veíamos monumentos, cacharros, telares, taraceas. En una chamarilería de la calle de Elvira doña Carmen compró tarros de Fajalauza y me regaló una vasija. Después me mandó los trabajos que había publicado en el Museo del Pueblo Español. El museo que Julio dirigió hasta que se cansó o lo aburrieron. Allí lo iba a ver cuando venía a Madrid. Pero cierro este paréntesis y vuelvo a nuestro curso de 1948.

Aquellas clases que nos acercaron me hicieron conocer algo que ya es motivo de este acto. Porque intentamos traer a nuestra casa a quienes por su saber nos pueden enseñar, a quienes por su laboriosidad nos pueden ayudar, a quienes por su conducta nos pueden prestigiar. Y esta triple consideración la ilustra Caro Baroja con sobradas creces, aunque en 1948 yo supiera muy poco de la Academia y, ni por ensueño, hubiera pensado en estar hoy junto a mi amigo. Pretender enumerar los saberes de Caro Baroja es quehacer inútil por su amplitud y redundante por consabido. Y es que nuestro nuevo compañero tiene infinita curiosidad por todas las cosas: le llaman antropólogo, y lo es en grado eximio, es un sociólogo muy personal, porque rebasa los límites de cualquier clasificación, es etnólogo y etnógrafo, historiador de las ideas y de las conductas humanas, investigador de la literatura y lingüista de campos variados. ¡Qué duda cabe que tanto y tanto dominio va a beneficiar a la Academia en todas sus tareas! Diré más, la beneficiará porque ese conjunto de ciencias en él se aúna en una visión integradora y no fragmentaria. El error en que tantas veces cae la ciencia moderna Caro Baroja lo supera gracias a su enorme capacidad de síntesis.

Porque este nuestro nuevo compañero es en muchas cosas dieciochesco. Al menos a mí me hace pensar, a veces, en Condillac, pues al emitir las síntesis a que acabo de referirme no establece definiciones que luego se aplican con mejor o peor fortuna, sino que el conocimiento de mil hechos menudos le hace llegar al mundo de las ideas. Si la carta al conde de Potocki me ha traído al recuerdo el enciclopedismo de Caro Baroja, no sonará mal bajo este techo recordar que tales fueron también los caminos que a todos nos enseñó don Ramón Menéndez Pidal. Por eso los libros del colega que hoy llega son tan difíciles de entrar en las clasificaciones al uso: *Los moriscos del*

Reino de Granada o Los judíos, ¿son historia, vida social, etnografía, psicología? Y no porque las clasificaciones sean tan difíciles como él mismo nos ha dicho, ni porque sus obras corran el riesgo de perderse en el reino de la Nada, sino porque la sabiduría de nuestro autor ha hecho que sus obras sean eso y otras muchas cosas, pues no podemos olvidar que Caro Baroja pertenece a una familia insigne en nuestra historia literaria y en nuestra historia artística. Y él ha recibido la herencia para acrecentarla y enriquecerla, ¿cómo si no explicar que de sus obras monumentales se desprendan motivos que nos llevan a campos muy diversos de las cuadrículas del manual? Caro Baroja posee un caudal artístico verdaderamente singular: ahí están *sus Cuadernos de Campo* o la fantasía desatada de sus cuadros. Unos y otra, resultado de la observación más aguda para captar la realidad o para analizar su propio espíritu. Y esto, que en cualquiera serían quehaceres marginales, en él son canales que alimentan su quehacer de historiador. Porque, un día, las fuentes literarias son la documentación de lo que de otro modo ignoraríamos. Y no pretendo tergiversar motivos o entremezclar las cosas: la literatura puede ser vida, más aún la vida recóndita que otros documentos no dicen. De ella Caro Baroja extrae enseñanzas, como de esos viejos cuadros, que tanto quiere, en los que la realidad no son las figuras patéticas o la solemnidad del gesto, sino el paisaje que descubrimos en el parteluz de una ventana o en el hombre que, herramientas al hombro, vuelve despaciosamente al fuego de su casa. (Sus libros se llamarán *La ciudad y el campo*, *Ensayos sobre la cultura popular española*, *Ritos y mitos equívocos*.) Para mí es fundamental este amor por los datos ocultos que proyectan una suave luz desde sus fondos, porque en ellos hay una verdad desnuda, sin las falacias de la justificación. Pero el hallazgo muchas veces escapa a la propia y ocasional contingencia, entonces Caro Baroja escribe tratados menores, pero de singular valor y no escasos encantos. Pienso en *El señor inquisidor y otras vidas por oficio*, en *Las brujas y su mundo*, en *El Carnaval*, libros en los que la recreación adquiere valores literarios que los creadores han sabido valorar: repasemos si no algunas de las más acuciosas páginas de las que Azorín escribió en *Una hora de España*, revividas bien poco hace por un novelista muy significativo de nuestro momento. Y esto nos sitúa ante ese rasgo de la personalidad de Caro Baroja: ser prudente no es ser tímido, por más que la apariencia engañe. He citado libros suyos de gentes nuestras que vivieron marginadas y el autor se comprometió con la verdad, que acaso no era ni la de unos ni la de otros. Y esto nos llevaría a la conducta ética que la sociedad nos exige, pero a ello volveré; ahora no quiero quebrar el hilo que he impuesto a mi razonamiento.

De lo que acabo de decir se desprende algo archisabido, pero imprescindible de contar en este momento: la agudeza y la finura para percibir los hechos precisos, ivaliosas condiciones si lo que se pretende es analizar motivos lingüísticos! Así, la gran tarea de nuestro diccionario se enriquecerá con la sagacidad de quien sabe descubrir los matices recoletos o de quien acierta con los manaderos ocultos, más aún si posee instrumentos suficientes para hacer

la comparación. Permítanme ustedes que lea unas bellas líneas, que ilustran mi propósito: “Las onomatopeyas vascas, los vocablos que reflejan ciertas acciones, caracteres y rasgos nos parecen más expresivos que los castellanos. De hecho lo son. Para indicar la manera de andar de una vieja ligera es mucho mejor decir que va *zipoca-zipoca* que cualquier otra cosa. Si se quiere dar una matiz a la noción de corcovada es bueno utilizar el vocablo vasco: *curcushada*. Si hay que hablar de una ropa vieja o un residuo con caracteres peculiares, la palabra *zerrenda* es magnífica. Y resulta también más exacto e íntimo decir *nere biotza* que *corazón mío*. El vascuence aleja de la cursilería y de la altisonancia que pueden tener idiomas literarios más brillantes.”

Caro Baroja nos puede enseñar en todo aquello que ha practicado y sabe. Pero —además— por su laboriosidad nos puede ayudar. Lo he dicho e insisto. Los trabajos de nuestro compañero abarcan mil campos y no con ocupaciones ocasionales. Los caminos de su vida son muchos y los árboles que ha visto muy variados. El ojo atento no se conforma con la mancha que acaba por decir muy poco, sino que se prende de esas cortezas que dan diversas tonalidades al bosque: los pueblos de España, nuestra historia antigua, las “poblaciones” de don Pablo de Olavide, las cuatro estaciones en Navarra o el larguísimo peregrinar por tierras andaluzas. No es uno sólo el árbol descubierta, porque entonces hoy no estaríamos aquí, ni se trata de un hombre que rehúya su compromiso. Porque el saber es admirable, y la laboriosidad, edificante. No seré yo quien silencia sus valores, pero prefiero otras cosas sin las cuales de poco sirven la ciencia y el trabajo. Descartes, en una carta del 18 de mayo de 1645, dijo sencillamente esto: “No soy de esos filósofos crueles que quieren que su sabiduría sea insensible.” Buen lema para cobijar deseos. Si las virtudes objetivas viven sólo en su propia objetividad, tal vez no sirvan de mucho. Porque escribir un diccionario o un tratado gramatical no es sólo un quehacer desamorado, sino un compromiso consigo mismo y con los demás; ni vivir es contemplar el mundo desde el fanal de Merlín. Entonces, cuando ciencia y vida se comprometen con la Verdad, surge ese hombre para quien se crearon palabras como libertad e independencia. Esta inmensa obra que hoy nos abruma puede existir porque su creador amó la verdad, que, en el mundo de las contingencias, no es más que la fidelidad a sí mismo, porque una cosa es buscar la verdad y otra poder decir que se la posee. Acaso ni esto sea necesario, pues en el interior de nosotros mismos, y son palabras de San Agustín, es donde se encuentra la verdad, y, tras seguirla años y años, volvemos a descubrirla en nuestro propio espíritu. Romain Rolland grabó una fórmula que no por sutil deja de ser válida: “La verdad es buscar siempre la verdad.” Este sería para mí el relato científico y humano de nuestro nuevo compañero, con el que se libra de esos enemigos peores que la mentira a los que solemnemente llamamos las propias convicciones. Este talante es el que le llevó al estudio de temas marginales (*Algunos mitos españoles*), de pueblos minoritarios (*Los vascos*) o de gentes nómadas, cuya vida es el desarrollo de una forma de tradicionalismo (*Estudios saharianos*).

Julio Caro Baroja, como hombre de ciencia, ha roto con prejuicios y condicionantes. Como hombre, ha aceptado la incomodidad, venga de troyos o de troyanos. Pero la verdad sólo está en la libertad que día a día se consigue, si no se escucha el dulce canto de las sirenas. Hay palabras que el uso desgasta y que necesitan de continuo troquel: no basta hablar, sino que es preciso éticamente comprometerse y es lo que contemplamos en estas obras y en esta conducta. Al escribir un libro respondemos del libro, no somos ajenos a él, como no basta con vivir libres si no justificamos esa libertad. Cuando ha habido que condenar la vesania, Caro Baroja ha explicado el porqué de su condena, igual que si estuviera defendiendo una tesis científica, porque la condena en aquel momento era la justificación de su existir y lo sabemos desde que lo dijo Baruch Spinoza: “la sabiduría es la meditación sobre la vida”. Intensifico: “sobre la propia vida”; pues también para justificarse ante los demás es necesario pertenecerse a sí mismo y no a los compromisos ajenos. Por eso nuestro nuevo colega ha practicado el principio socrático de conocerse para que los demás lo conociéramos. Aduzco un hermoso libro, *Los Baroja*. El subtítulo reza *Memorias familiares*, pero esto que es una verdad absoluta nos mete de rondón en la teoría de las relatividades; y el autor lo sabe. Cuando dice que esas páginas “interesarán, tal vez, en el futuro, a un número pequeño de españoles que recuerden con simpatía ciertos ambientes y figuras de la primera mitad del siglo XX. Ello me bastaba”, está emitiendo una valoración que no pretendía interesar a los pontífices del aula, ni a los grandes ensayistas, ni a los políticos, ni a los hispanistas extranjeros, se está delatando: enumera un linaje de gentes que poco cuentan en su afecto, ¿y quiénes no son nada de eso, o que siendo eso no pontifican, ni aspiran al lucimiento ni al trabajo cómodamente hecho a costa del prójimo? Caro Baroja se nos entrega en la sinceridad de sus palabras; es el hombre sencillo y solitario que se acomoda con unas gentes y se desinteresa de otras. Alguna vez yo iba a su casa de la calle de Alarcón, tan próxima a esta Academia: “Vamos pronto para estar a solas con el tío.” Don Pío me preguntaba cosas que él ya no alcanzaba, contaba viejas historias, y yo escuchaba. Venían gentes, amigos fieles y curiosos impertinentes. Entonces Julio me decía: “Vamos a hablar a mi cuarto.” Es lo que acaba de hacer con su gran libro: escrito para unos pocos, desdeñoso para los muchos. Pero no es soberbia, sino recato de su intimidad. Acaso timidez para no tener que luchar por el derecho a la propia soledad. Caro Baroja no buscaba ninguna inmortalidad con su obra (“mis pretensiones no eran literarias. No aspiraba a que nadie me juzgara, y me juzgara bien, por mi estilo, por mi manera de escribir el castellano”) y, sin embargo, aquí lo estamos juzgando por su estilo y por su castellano, pues la difelidad consigo mismo también tiene sus valores. Los ingleses, tan sutiles en el arte de observar a las gentes por dentro, dicen que “a algunos hombres su biografía los inmortaliza, mientras que a otros los inmortaliza”. Es la cuestión: se podrá desdeñar cuanto se crea, pero habrá que salvar siempre el fondo ético que yace bajo las apariencias. Es lo que Caro Baroja ha hecho para

trasmitirnos ese mundo al que amó y que considera definitivamente perdido. Evoca un tiempo que cree más feliz que éste, y no trata de engañarse ni de engañarnos. Sus palabras son de justificación, no de recriminación. Escribió su libro para desahogo y para contar lo que sabe, pero vino a resultar que esa minúscula parcela que acotó se convirtió en un mundo complicadísimo y trascendido: no bastaban las memorias familiares, porque cada miembro de la familia rebosaba de su contingencia, y las gentes se enraciman por doquier; del mismo modo que la familia era aplastada por mil motivos ajenos a ella y que nunca hubiera deseado que existieran. De esta manera resulta que la autobiografía es una parcela de la historia universal, pues, si en una rosa se encarnan todas las rosas posibles, un hombre es la imagen de todos los hombres. Sin querer llegamos a esa fascinación que nuestro compañero siente por el hombre, no por la cominería del hombre, sino por la humanidad que representa. Vuelven a unirse el antropólogo, el etnólogo, el sociólogo, el historiador, el narrador: no se busca el relumbrar de las grandes figuras, sino esas gentes de las que nadie se ocupa y que vienen a ser el arca donde se atesoran los saberes colectivos. En sus ensayos y en sus estudios Caro Baroja hace otras biografías, algo así como las vida paralelas de las que escribió don Pío. El novelista nos dejó una impresionante galería de personajes del siglo XIX; el etnólogo nos lega otra galería no menos impresionante de hombres de su tiempo, que no son otra cosa que nombres sin nombre, sombras modestas que han sido convertidas en memoria colectiva. Es el sentido tradicional que Caro Baroja descubre a veces y que está ahí, en la voz ensordinada del teatro, del labrador, del ama, de la vieja, pues en los atardeceres de Vera le van desgranando saberes y creencias o arraigos y temores. La personalidad del hombre se perfila, y, a partir de 1923, empieza a manifestar antipatías y curiosidades que ya nunca le abandonarán: “Tendencia artística, tendencia literaria, tendencia informativa. La mecánica moderna que empezaba a producir verdadera obsesión entre grandes y chicos, me repugnaba y, en cambio, me gustaban las historias raras, los carros de vacas, los yugos, los arados y los artefactos agrícolas.” Y Caro Baroja acabó un poco al margen de todo y evocaba la serenidad que acaba en la muerte, de la que no se habla.

Esto nos sitúa ante esa tercera perspectiva que quería tomar en consideración: traemos a casa a quienes por su conducta nos pueden prestigiar. Acabo de decirlo, no puedo separar la obra creada del hombre que la escribe, porque ambas no son otra cosa que una indestructible unidad. Ahorro palabras: la Academia da honra, porque, al nacer, la honró Felipe V, pero poco duraría ese honor si no tratáramos de conservarlo con nuestra laboriosidad y con nuestra dedicación. Por eso el quehacer de todos ha de servir de estímulo a los demás y a los que llamamos a esta Casa: no venir a holgar, sino a trabajar. A esa llamada generosa puede responder la biografía de cada uno, hijo de sus obras y del “deleite del oficio”. Acaso baste con esto, porque pretender escribir la biografía de Julio Caro Baroja es un sinsentido en este lugar y a estas alturas de la vida: su biografía son sus libros y su conducta. Me ahorro más largas

explicaciones porque ya no es el sabio o el escritor lo que en Caro Baroja contemplamos. Se trata de un hombre que es un pedazo de nuestra propia historia; acaso él prefiera que yo no escriba esto, pero de otro modo no sabría explicarme: honores tras honores le van abrumando y sus ojos miran en torno sin encontrar sentido (y los demás sabemos la causa), suenan las horas de los ditirambos y sus labios inician una sonrisa que se queda en mueca; cuando le hablé de este elogio me dijo simplemente: “Voy a tacharte los dicterios.” Pero aquí está por méritos propios, honrado porque también nos honrará; dispuesto al trabajo, porque su vida ha sido un laborar sin descanso; fiel al compromiso que ahora contrae, porque es un hombre de verdades.

Acaso no sea necesario decir más, pero la costumbre me obliga a comentar el discurso que acabamos de oírle. Algo de lo que aquí hemos escuchado nos ha llevado a una flor de madurez a la que llamamos humor. Caro Baroja sitúa las cosas en el mundo de los valores absolutos, porque el mundo es viejo y los autores demasiados. Pretender que todo tenga un significado inequívoco sería tanto como intentar vivir en el alba de la creación, imposible pretensión. Nuestro autor ha tenido que fatigarse demasiado contemplando lo que los demás han dicho y piensa que el tiempo se le ha ido porque nunca ha “tenido prisa para llegar a ningún sitio”, que es una hermosa manera de decir que ha querido ir a todos. Y, si nos dice que “hay infancias e infancias y madureces y madureces”, es porque nos ofrece —siento discrepar— el serondo fruto al que no apremia la urgencia. Por eso este hombre se contempla en su quehacer científico y no se cree dueño de mágicos talismanes; le basta con las historias ajenas y el criterio propio; lo demás es cuestión de tiempo o, como diría el filósofo del turgorio, paciencia y barajar. Que no es otro el ejercicio de aquellos sabios que trataron de clasificar una cucurbitácea, buen modelo de posibles ordenamientos, para escapar, mediante el humor, de caer en solemnes tentaciones, que no son otra cosa que la fuga del sentido real. Porque cuando se tiene, como Caro Baroja, sentido ético de las cosas, los juegos del espíritu sirven para acreditar la seriedad de la conducta, tan otra de aquellos “investigadores que confunden la medida con lo que miden”. Nace la relatividad del saber y la incertidumbre en la propia seguridad, caminos seguros para que el progreso humano no se estanque. Ahora bien, todo esto —tan lejano del dogmatismo— denuncia un talante liberal o, si se quiere, la vuelta a la libertad de pensar, porque no en vano Caro Baroja ha tomado al hombre como objeto de su discurso empezando por el hombre que uno mismo es. De ahí la limitación de nuestros conocimientos cuando buscan la insignificancia de los hombres y no la plenitud del hombre. En este sentido, nuestro nuevo compañero se manifiesta plenamente kantiano, no sólo por el discurrir, sino por el amor al detalle; es en él, en el dato preciso y concreto donde Julio Caro Baroja se encuentra a gusto. Después viene el pensar sobre los hechos menudos que le llevan a la especulación generalizadora, pero partiendo de ese *dentro* que es la autobiografía o la biografía ajena a la que se intenta entender desde la propia condición humana de cada cual. Caro Baroja nos lleva de la

mano a esas conciencias individuales que gusta de estudiar porque son relativas y no categóricas, o plurales y no monolíticas, como él mismo, como su amigo don Esteban de Garibay, como esas *Vidas poco paralelas* que ha gustado estudiar. Resulta curioso ver cómo estos tratados psicológicos se convierten en materia sociológica y aún se entrecruzan y mezclan con las truculencias de los pliegos de cordel, cuyo sentido actualizó y hasta puso de moda un libro memorable (*Ensayo sobre la literatura de cordel*). Por mi cuenta pienso en cuánto los relatos fantásticos sirvieron para idealizar la vida cotidiana o para convertir en literatura los quehaceres de cada cual, digamos el ejemplo de los libros de caballerías sobre los conquistadores, la conversión de la literatura en realidad vivida, como bien señaló Irving A. Leonard, o, en otros aspectos, aquella literaturización de cada peripecia humana, según Leo Spitzer estudió en la creación de Lope de Vega.

Decía antes que Caro Baroja ha escrito su propia biografía y la memoria de los suyos. Relacionemos esto con lo que acabamos de escucharle. Son dos mundos distintos. Cuando habla de sí mismo intenta objetivarse para verse sin pasión (“comencé a escribir estas cuartillas en un estado de ánimo un poco extraño..., viendo el mundo como desde la sepultura, considerándome yo mismo como un muerto”), cuando recrea sus personajes trata de meterse en el alma de cada uno de ellos para entender por qué actuaron de una forma y no de otra o por qué creyeron como creyeron. Es necesario que así sea para no caer en la egolatría y para comprender al prójimo. En definitiva no son cosas que estén muy separadas, pues de lo que se trata es de entender. Y uno no se entiende si empieza por creer que es el centro del mundo, ni entiende cuando ve a los demás distanciados, como Júpiter a las criaturas. Lo necesario es contar la verdad desde el ángulo que sea y el creador necesita desdoblarse para ser el otro de sí mismo y el yo de los demás, única manera de no justificar las propias falacias o de entender un prójimo que sigue lejano. De este modo se podrá alcanzar el ideal poco asquible de la objetividad que no es otra cosa que considerar el mundo con su forma y no con la que nosotros queremos darle o vernos bajo la mirada inquisidora con que los demás aciertan a contemplarnos. Pero entonces resulta nítido cuanto queremos decir, cuanto Julio Caro pretende hacer con su autobiografía o con las biografías ajenas: aplicar esas ciencias que posee para que nada sea un áspero yo ni un sumiso ellos. Ecuanimidad que es una forma de entendimiento. El saber se nos ha articulado en una teoría de saberes. Biología, sociología, historia, antropología y, sí, literatura. Están claros los propósitos de Caro Baroja y nosotros los entendemos bien gracias al conocimiento de una obra inmensa, por su calidad, por su cantidad, por su variedad. Como en un claro espejo se nos han proyectado inquietudes y certezas, porque el sustento de toda esta obra no estaba en la columna elemental de Brancusi, sino en los sólidos pilares que sustentan el peso de un enorme edificio, imposible el entendimiento si no se multiplican los entendimientos. Pluralidad del saber en busca de una difícil unidad.

Llego a mi final. Nos queda esta pasión intelectual de Caro Baroja que le lleva a esas mil tierras de labrantío donde siembra su curiosidad. En otro tiempo hubiéramos hablado de humanismo, en otros de enciclopedia, hoy —acaso— de sorpresa desacostumbrada. He querido decir lo que yo veo en algunas parcelas del quehacer intelectual de Caro Baroja, las que aquí nos interesan más porque en ellas esperamos frutos sazonados en el quehacer casi sin fronteras que es nuestra lengua, y todo lo que con la lengua se relaciona.

Estoy seguro que mi discurso pudiera haber sido otro y, por supuesto, mejor. Pero al llevar la voz de la Academia he seleccionado mucho para no abrumar y para no perderme en las galerías del Laberinto. La discreción de todos comprenderá los límites impuestos y yo sentiré la singular alegría de ser portavoz de los deseos de mis compañeros.

Al darte la bienvenida, mi querido Julio Caro Baroja, te transmito el gozo que todos sentimos al tenerte entre nosotros.